

veritate diligere quam cum lenitate decipere.

Muy bien conocia la caridad Aquel que descendió de los cielos para enseñar á los que habitan la tierra, y sin embargo, truena contra todos los vicios, denuncia al mundo la hipocresía de los fariseos, arroja á los vendedores del templo, hiere con el anatema á los autores de escándalo; y siguiendo las huellas de tan gran maestro el Sacerdote no podrá extraviarse.

¿No veis por otra parte, que por sus palabras y por su doctrina, el Sacerdote no solo trabaja en vuestra enmienda espiritual, sino tambien en vuestra felicidad temporal? Sabeis lo que sería de vosotros sin la influencia moral ejercida por la doctrina católica? En lugar de una madre que hizo germinar las virtudes en vuestro corazon, tendríais otra cuya indigna conducta hubiera quizá pervertido vuestra alma; en lugar de una esposa casta y sumisa que frecuentemente llega á ser vuestra fuerza en los malos ratos, tendríais la vergüenza y la guerra á cada instante; en lugar de una hija dócil y pura, cuya virtud embellece vuestra casa, tendríais quizá una rebelion que reprimir, una corrupcion lamentable qué deplorar. ¿Pensais que exagero? Pues bien, cristianos, venid, poned vuestro oido á la puerta de los tribunales, y entonces vereis allí cuántas víctimas desgraciadas han hecho las pasiones de aquellos que no tuvieron un pastor, ó que desconocieron su voz. Quitad al Sacerdote, y

ya los dogmas religiosos no tienen órgano, los deberes no tienen sancion. ¿Qué queda entonces? En teoría, una filosofía atea, sistemas ridículos: en realidad, la dominacion del egoismo, el triunfo de la ambicion, la anarquía en las inteligencias y la desmoralizacion en los corazones. Quitad al Sacerdote: todos los lazos que unian la tierra con el cielo, quedarán cortados. No habrá sacrificio, no habrá altar, ni culto, ni ideas religiosas, ni nada que le recuerde al hombre sus destinos futuros: dejará de creer en las recompensas y castigos de la otra vida. ¿Y qué sucederá entonces? Las pasiones, no teniendo ya freno, se desbordarán como un torrente que ha roto sus diques. Hombres que abrigan el odio y son llevados por la violencia, la rapiña y el crimen, llevarán por doquier la desolacion, el espanto. Entonces pasarán cosas horribles, inauditas: cosas como pasaron durante la comuna y el 93, y como se están viendo en Francia otra vez con ocasion de la ejecucion de los decretos de 19 de Marzo. Ah! no olvidemos, por Dios, que marchamos sobre ruinas humeantes; no olvidemos repito, que ríos de sangre empaparon el pavimento de las calles de la patria de San Luis, y que del seno de esas ruinas se oyó una voz lamentable que decía: *desgraciadas las ciudades que fusilan á sus sacerdotes*; y cada gota de esta sangre expiatoria dice: *anatema* á todo el que quiera arrancar al pueblo aquello que

Robespierre mismo habia proclamado la necesidad.

Sacrificador, médico, apostol, el sacerdote es tambien un padre por que propaga la vida de la gracia comunicada por los sacramentos. Ved aquel niño que su madre contempla por la primera vez con un éxtasis que no puede darse mayor. Existe, respira, sonríe, pero no vive con esta vida que salva. Se lo lleva al Sacerdote que derrama sobre su frente el agua regeneradora, y ved que aquel niño que llegó á ser tan puro como el ángel, el Sacerdote queda encargado de protegerlo desde su cuna; se lo vuelve á su madre que desarroya dulcemente dia por dia, esta primera iniciacion, esperando volverlo al pastor que debe prepararlo á las grandes alegrías de la primera comunión. Despues el Pontífice lo arma para los grandes combates con el sacramento de la confirmacion. Si el jóven soldado sucumbe, si vuelve herido, el Sacerdote como el buen samaritano, cicatriza sus heridas y dá á su corazon el alimento divino que lo fortifica. A los veinte años cuando el jóven ha sentido la necesidad de colocarse al lado de una compañera que le ayude á soportar las amarguras de la vida, todavía se ocurre al Sacerdote para que afirme sus esperanzas y bendiga sus juramentos. En fin, cuando la enfermedad ha postrado al anciano ó al enfermo sobre el lecho del sufrimiento, desde donde vislumbra la tumba; cuando el médico siendo sincero, confiesa que el mal es muy

grave y que la ciencia es insuficiente para salvarle, todavía entonces, la dulce figura del Sacerdote aparece entre las cortinas del lecho del paciente, acechando el semblante del moribundo para acompañarle en su último aliento. Se le ve junto á la cuna, se le halla al lado de la tumba. Está allí para animar al peregrino que va á la eternidad, para ungir los piés del viajero y decirle: Sal de esta vida alma cristiana.....! partid con confianza; id á recoger en la casa de vuestro padre los frutos de vuestros trabajos y el goce de la paz prometida á los hombres de buena voluntad. Mañana quizá confiaremos á la tierra esta envoltura que se llama cuerpo, donde ha estado encerrada por tanto tiempo vuestra alma, pero nuestro corazon os seguirá más allá del sepulcro, y por mucho tiempo nuestros votos subirán por vos hácia la eterna misericordia, esperando que nos sea permitido volvernos á ver.

Se puede, pues, decir que donde quiera que está el Sacerdote, tiene lágrimas que estancar y almas que salvar. Ved á los misioneros, los intrépidos mensajeros de la palabra, abrazan al mundo entero con su zelo inmenso: *Non est qui se abscondat á calore ejus*. Nada les detiene, ni la distancia de los lugares, ni las tempestades del oceano, ni la ferocidad de los bárbaros, ni la vista de los suplicios ó la muerte. El oriente los ve plantar sus tiendas al lado de la del árabe vagabundo, el Africa rocear con sus sudores sus abra-

zadas arenas, la América descender por sus caudalosos ríos y sepultarse en sus sombrías florestas, la Oceanía recorrer de la una á la otra de sus islas incontables, la China teñir con su sangre sus tierras inhospitalarias.

En los hospitales, en el seno mismo del contagio, el Sacerdote afronta la muerte; no retrocede ante ningun peligro; está tranquilo en el campo de batalla, y cuando llega la persecucion, no la del sarcasmo, sino la de la sangre, sabe morir dignamente como corresponde. Esto lo vieron todos en la revolucion. Cuando el motin ahuyaba contra los sacerdotes por las calles, ¿no sucedia frecuentemente que ellos estuvieran en los sótanos y en los graneros para celebrar el augusto sacrificio y dar el bautismo á los recién nacidos? Ellos representaban entonces á los sacerdotes de las Catacumbas de Roma, á los apóstoles, y la palabra de aquel que habia dicho: "Bienaventurados sois cuando los hombres os aborrezcan.... en aquel día saltareis de contento, porque ved que vuestra alegría será grande en el cielo." Y cuando ellos eran descubiertos y presos, era para conducirlos á la muerte ó la deportacion; y semejantes á aquellos aguerridos ancianos que mueren repitiendo el nombre de su jefe y de su patria, ellos morian así repitiendo tambien el nombre de Jesucristo; y las gradas de la guillotina donde cortaban sus cabezas, no eran más que un escalon más que los acercaba á Dios.

No á todos, sin embargo, estaba re-

servada esta gloria eminente del martirio: *Beati qui lavant stolas suas in sanguine Agni.* En medio de los cuidados y fatigas del ministerio los cabellos del Sacerdote se emblanquecen, sus manos no pueden levantarse para bendecir, la ancianidad se ha anticipado con todo su cortejo numeroso de dolores y enfermedades. Va á morir, no con la muerte feliz y triunfante del mártir, sino con una muerte sin brillo, sin gloria, la muerte de languidez, la extincion lenta y dolorosa de una vida de lucha que siente la pérdida de su juventud. Pero esta muerte puede ser tambien fecunda para la salud del mundo; porque el Sacerdote muriendo entonces, y en el altar, y en su lecho de dolor, y al pié del cadalso, tiene derecho á decir y comenzar el salmo del sacrificio: *introibo ad altare Dei.* Está preparado para la muerte como se preparaba antes para celebrar la santa misa; y en esta última hora es cuando experimenta que su amor por sus parroquianos se redobla. Como Jesucristo recomendaba á Dios á sus discípulos, así él repetirá en su lecho de la muerte: "Señor he procurado ser, siguiendo las huellas de N. S. Jesucristo, el bienhechor de mi pueblo; Señor, yo he levantado y consolado las almas, he manifestado vuestro nombre y vuestra gloria á los que me habeis dado y han creído en vos. Muy pronto ya no seré de este mundo, y ellos van á quedar expuestos á todos los peligros; preservadlos de toda falta, conservadlos en la unidad,

santificadlos, á fin de que un día estemos todos reunidos en la mansion de los bienaventurados, donde no hay más que un solo rebaño y un solo pastor.

Ved lo que es el Sacerdote, ved al hombre de Dios y al hombre de la sociedad; al Sacerdote que asusta á los hombres de nuestros días, al Sacerdote que se desea bajo la era de una revolucion democrática, ennegrecer su persona y desnaturalizar su carácter ante el pueblo. Pobre pueblo, él es sin embargo á quien amamos. Dios no quiera que las amenazas de la persecucion disminuyan en nuestro corazon el amor de los hombres; porque el Sacerdote que quisiera ser enemigo del pueblo, porque este se extravié en las vías del aborrecimiento y del odio, seria indigno de la cruz y por siempre incapaz de defender los intereses de Dios y del mundo.

"Atacad con valor los errores, pero tened un corazon de madre para con los hombres." Esta bella sentencia, digna de vuestra boca, Señor, se ha repetido por vuestro santo Pontífice Pio IX. Ella es la que queremos escuchar. Oh! cómo sois en esto el modelo, ¡oh, Jesús! vos que siempre fuisteis mal comprendido, desconocido, calumniado, traicionado, perseguido, jamás habeis cesado de amar á los hombres, hasta morir por su amor! Vuestra caridad para ellos se ha revestido de dos formas: habeis anatematizado los errores, y habeis tenido compasion por los que los han tenido: ved la conducta trazada para el Sacerdote.

Proscribir los errores, las preocupaciones, las mentiras, las viejas calumnias, sin cesar repetidas, pero que por desgracia afectaban; detestar el mal, las injusticias, la violencia del fuerte contra el débil, el triunfo de la audacia contra el derecho; flagelar la impureza, los malos resultados del deshonor, sofocar las pasiones del siglo, y sobreponerse con energía para extirparlas, hacedlo todo, pero amando á los hombres; indignarse, sí, pero jamás despreciar á nadie, tener caridad por la buena fé en el error, y una paciencia á toda prueba: *responsio mollis frangit iram,* (Prov. 15-1). Tener, en fin, amor de madre para todos los hombres: Una madre vive en sus hijos, no puede separar su causa de la de ellos, Ella goza en sus placeres, sufre en sus dolores, se avergüenza en sus faltas, y se alegra tambien cuando merecen la gloria. Así debe ser el Sacerdote. El es el que está llamado al cuidado de las almas? *quis infirma tur et ego non infirmor.* Hay un pensamiento en una mujer famosa que escribia á su hija: "Siento el mal que tú sufres en tu pecho." Lo mismo puede decir el Sacerdote al pecador: "Sufro el mal que tú padeces en el alma." ¡Qué foco de angustias, de inquietudes, de amargas penas! Estos son los tormentos del amor. Y ¡quién se atreveria á decir que prefiere no amar? Sí, Señor, hacedme sentir los agujones de aquel amor y de aquel zelo que devoraba al apóstol; aceptamos todos sus ardores, todas sus punzantes angustias. Lejos de nosotros el espíritu

de indiferencia, que es, como dice Bos-suet, el espíritu que Cain manifestaba cuando le decía al Señor: *¿Soy acaso el guardian de mi hermano?* Estamos todos y cada uno encargados de todos los hombres. Un antiguo decía: *Soy hombre, y nada de lo humano me extraña.* Digamos, pues, también nosotros: Soy Sacerdote, nada de lo que es divino, nada de lo que es humano me es extraño. Hé aquí el espíritu del Evangelio y del Sacerdocio católico.

[Continuará.]

Juicio de un zuavo sobre la religion reformada.

Un ministro protestante que evangelizaba la Argelia, distribuyendo con profusion pequeños opúsculos relativos á su secta, se encontró un dia con un viejo zuavo, ofreciendole uno de ellos.

—¿Qué contienen esos libritos que me ofreces? ¿Acaso son calendarios para el año nuevo?

—Mejor que esto es lo que os ofrezco, le respondió el ministro.

—¿Qué es, pues?

—Se enseña en ellos fundamentalmente la religion, y lo que es más, la verdadera, es decir la nuestra.

—¿Pues cuál es vuestra religion?

—La religion reformada.

—En tal caso no es buena vuestra religion.

—¿Por qué?

Porque, advertid, entre nosotros cuando un militar es reformado, esto quiere decir que no es bueno para el servicio.

Así pues, guardad vuestros libritos; yo no puedo tener la más ligera simpatía por una religion que habiendo pasado por el consejo de la revision ha sido reformada.



DEFUNCION.

El dia 21 del pasado murió en el puerto del Manzanillo el Sr. Ca-nónigo D. Ramon Arzac, encargado de la Magistral en esta santa Iglesia Catedral. Acababa de llegar á aquel punto, para dirigir-se al extranjero, con objeto de recobrar su salud, cuando fue atacado de nuevo por la enfermedad que lo condujo al sepulcro.

R. I. P.

COLECCION

DE

Documentos Eclesiásticos.

Imp. de N. Parga.

Resp., Tomas Gonzalez.

TOM. 3.

Guadalajara, Mayo 22 de 1881.

NUM. 20.

SECCION I.

Disposiciones generales de la Iglesia.

DISCURSO DEL PADRE SANTO.

Jubileo extraordinario.

El dia del aniversario de la eleccion de nuestro Smo. Padre Leon XIII, los cardenales presentes en Roma se reunieron en el Vaticano para ofrecer á su Santidad por conducto del cardenal Di Pietro, Decano del Sacro Colegio, sus felicitaciones. El Papa contestó el discurso siguiente, en el que anunció que iba á promulgar un jubileo universal.

“Gratos Nos son, señor cardenal, los nobles sentimientos y buenos deseos que nos manifestais en este dia aniversario de nuestra creacion, en nombre del Sacro Colegio, y nos sirven de un gran consuelo. Durante los tres años de pontificado que acaban de pasar, el Sacro Colegio nos ha dado

grandes y constantes pruebas de su amor particular hácia nuestra persona, y por otra parte Nos ha prestado un apoyo eficaz y útil en el difícil gobierno de la Iglesia. Grato Nos es por lo tanto, manifestarle públicamente nuestra satisfaccion y reconocimiento, persuadido de que ese auxilio eficaz é inteligente nos acompañará siempre. Contamos tanto mas con este auxilio, cuanto que las circunstancias que lo reclaman son todos los dias mas imperiosas. Porque no sin extremecernos entramos en este nuevo año del pontificado, pues como acabais de decirnos, señor cardenal, crece el furor de los vientos, la mar ruge azotada por la tempestad, y nuevos peligros amenazan la barca mística de san Pedro.

“En la actualidad, en casi todos los países del mundo tiene la Iglesia nuevos males que deplorar, y nuevos atentados y nuevas ofensas contra sus sagrados derechos. Por todas partes se coarcta su libertad y se combate su saludable influencia. El poderoso auxilio que puede prestar al bien de la sociedad y que ofrecimos desde los primeros dias de nuestro pontificado